

La Palabra de Dios y la apostasía

Biblicom

biblicom.org

Índice

1 - Cuando la muerte acecha	3
2 - La gran revuelta contra Dios	3
3 - Conclusión	5

1 - Cuando la muerte acecha

«*Haces que el hombre vuelva a ser polvo, y dices: Volved, hijos de los hombres*» (Salmo 90:3, LBLA).

Los tiempos de pandemia que estamos viviendo nos hacen reflexionar sobre nuestra condición humana de una manera más real y más atenta que de costumbre. Entre los muchos comentarios cristianos, hay uno que sugiere a los cristianos de vivir las circunstancias actuales como pudiendo servir a probar su fe en la soberanía de Dios, a probar su propia sabiduría (¿humana o de arriba?) y su amor al prójimo.

El tema de la apostasía, del que nos ocupamos, no es menos solemne, porque nos advierte sobre un fenómeno mucho más dramático, que podemos llamar una verdadera “pandemia espiritual”.

2 - La gran revuelta contra Dios

«*Nadie os engañe de ninguna manera; porque ese día no vendrá sin que venga primero la apostasía y sea revelado el hombre de pecado, el hijo de perdición; el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de adoración; de modo que se sienta en el templo de Dios, presentándose él mismo como Dios*» (2 Tesalonicenses 2:3-4).

En este pasaje, el apóstol Pablo advierte a los tesalonicenses que la apostasía precederá al día del Señor (día de juicio y de castigo general que tendrá lugar después del arrebatamiento de la Iglesia). Será una apostasía general, caracterizada por la completa y pública negación de la doctrina cristiana. En diferentes épocas, ha habido corrientes más o menos marcadas de apostasía. Pero de la que Pablo habla aquí representa un evento de magnitud inimaginable, un acto de rebelión final contra Dios.

¿Hemos entrado en estos tiempos difíciles? La Palabra de Dios es clara al respecto: el pleno desarrollo de la apostasía se producirá solo después del arrebatamiento de la Iglesia y antes del reinado de Cristo en la tierra (milenio). Pero ciertamente ya vemos grandes signos de ello.

Es un interrogatorio al que debemos dejarnos conducir.

Las voces de muchos centinelas son unánimes: la situación es verdaderamente alar-

mante. “El progreso de la apostasía, incluso en los círculos que reclaman su fidelidad a la Escritura, se está acelerando. Estamos siendo testigos de un brote mundial de apostasía, como la Iglesia nunca ha conocido”.

La apostasía (lit.: defección, abandono) es particularmente evidente en la influencia del mundo en la vida cristiana. Solo se puede deplorar una acomodación a la cultura ambiental, una cultura de compromiso en las iglesias, con una mezcla de verdad y de error, de lo que es santo y de lo que es profano, que conducen a “sacrificar las doctrinas esenciales”. Tales como la inspiración y la total suficiencia de la Biblia; la divinidad de nuestro Salvador; la salvación solo en Jesús, solo por gracia y solo por fe; el próximo regreso de Jesucristo para arrebatarse a la Iglesia.

Existe un peligro real de hacer una lectura selectiva de la Palabra de Dios, y de hacer de nuestras preferencias personales el punto de referencia para el bien y el mal. Creer en una afirmación bíblica porque me conviene y rechazar (u “olvidar”) otra porque no me conviene.

Los verdaderos creyentes no pueden conformarse con reducir las Escrituras a unos pocos pasajes favoritos.

Nuestro alimento es toda la Escritura (2 Timoteo 3:16-17).

La historia de la Iglesia nos dice que hubo momentos en que el mensaje bíblico fue seriamente defectuoso o distorsionado. Se necesitaron hombres de coraje, de fe y de gran devoción a la Palabra de Dios para reclamar un retorno a la doctrina y a una conducta de acuerdo con la voluntad de Dios.

El fundador del Ejército de Salvación, W. Booth, escribía al final del siglo 19 que muchas iglesias predicarían:

- el cristianismo sin el Espíritu Santo,
- cristianos sin Cristo,
- un perdón sin arrepentimiento,
- una salvación sin regeneración (sin nuevo nacimiento),
- la realidad del cielo sin aquella de los tormentos eternos.

¿No es lo que vemos en el mundo cristiano actual?

¿Qué queda de esta herencia, de la «fe» de nuestros padres, del «buen depósito» recibido de Dios?

Por un lado, vemos las ideas y prácticas del mundo infiltrándose en la vida de las iglesias; por otro lado, es la gran institución religiosa romana que avanza con su seductor y dominante ecumenismo. Todo lo que una vez fue una causa de separación, a la luz de la Palabra de verdad, es ahora visto por ambos lados como desafortunados “malentendidos del pasado”.

El Papado se niega a renunciar a sus tradiciones no bíblicas y a sus prácticas idólatras. Se asocia a esto el extraño silencio de sus socios protestantes y evangélicos sobre las manifestaciones sobrenaturales propias de la devoción católica (culto a María y a los santos). Podemos incluso añadir la existencia de un diálogo interreligioso con asociados de todas las religiones no cristianas (reuniones altamente mediatizadas): ¡un entendimiento tácito y público entre **todas** las religiones, que invita a la comprensión mutua!

¡“Oran”, “fraternizan” y “evangelizan” juntos! Los temas enojosos ya no se mencionan más: ya no se denuncian las falsas doctrinas ni la idolatría. Un pastor evangélico no duda en hablar de las “exageraciones verbales de Calvino y otros reformadores sobre el catolicismo romano”.

3 - Conclusión

Debemos reconocer que la extraordinaria seducción del error siempre tendrá más atractivo que el mensaje juzgado demasiado exigente del arrepentimiento y de la sumisión total al Señor y a su Palabra.

En estos tiempos de “**pandemia espiritual**”, tengamos cuidado de no dejarnos contaminar. Para ello, conocemos el remedio: es necesario disciplinarse, “entrar” en las Escrituras cada día, para familiarizarse cada vez más con lo que enseñan. Así es como adquiriremos el discernimiento, ya que es precisamente esta capacidad de discernimiento la que está desapareciendo entre los cristianos de hoy en día.

«Y me dijo: No selles las palabras de la profecía de este libro; porque el tiempo está cerca. El que es injusto, que sea injusto aún; y el que es inmundo, que sea inmundo aún; y el que es justo, que sea justo aún; y el santo, que se santifique aún. He aquí vengo pronto, y mi galardón está conmigo, para recompensar a cada uno según es su obra» (Apocalipsis 22:10-12).